



AGOSTO

Agosto, tiempo de la recolección, era el mes que más yo quería. Era cuando, estudiando para Cura, cansado de latines, griegos y matemáticas, y de tanto rezar a un don Nadie:

“Ven, ven, Señor, no tardes

Ven, ven, que te esperamos.

Ven, ven Señor, no tardes

Ven pronto, Señor.

El mundo muere de frío

El alma perdió el calor

Los hombres no son hermanos

El mundo no tiene amor.

Envuelto en sombría noche

El mundo, sin paz, no ve

Buscando va una esperanza

Buscando, Señor, tu fe.

Al mundo le falta vida

Al mundo le falta luz

Al mundo le falta el cielo

Al mundo le faltas tú.”

Diciendo yo para mis adentros>:

-Tú, Tú, tururú.

Me encantaba Agosto porque era el tiempo en que iba a casa de familiares en pueblos de Segovia: Turégano, Cantalejo, Cuellar, Navalmanzano, Vallelado, Chañe, donde ellos me llevaban como a señorito a ver cómo trillaban los trilladores, al mismo tiempo que me atendían como a un hijo de la casa.

Allí, en la era, apretaba el buen Asno, el buen mulo. ¡Allí se esmeraban en sus círculos de mies, dando vueltas y vueltas al redondel, desgranando las espigas y triturando la paja, a la vez. En quebrados, el Asno Rebuzzaba, siendo el último tono del mulo, pues solía hacerlo por falsete, un poco quedo.

Más tarde, cuando ya tenía novia, ella me llevó a su pueblo, un pueblo cerca de Aranda, en la Ribera del Duero. Su padre, que era mi

suegro, haciéndose el gracioso, nada más verme y saludarme con un apretón de manos, me dijo:

-Tú, que has sabido tanto de cantar en gregoriano, espero y deseo que tal talento le despliegues en la ciencia de los Asnos.

Yo le respondí:

-Señor mío, espero aprender este agosto, y en los próximos veranos, de sus Rebuzzos, en los que me dicen que es usted muy diestro.

Habiéndose puesto este punto delicado, él me replicó:

-Te diré. majete, que un peso o una maza al rabo te pondré si haces daño a mi hija y Rebuzzas cual Jumento, y no como Asno.

-No se preocupe, Señor, le contesté. Que siendo yo un chico muy consciente, por mi parte no hay impedimento de anudar nuestros dos rabos.

Después de callarnos, yo escuché que mi suegro le decía a mi suegra:

-Este chico me gusta. Aunque se le nota tan holgazán como un cura o agostero religioso que se lleva la limosna de trigo y otros granos, advierto que está bien cuerdo, lo confieso.

Allí, en su casa del pueblo, pasaba yo los días, agobiando a su hija, haciéndola doblar o inclinarse hacia abajo, metiéndole Amor por ese canal donde sale el agua de la mina, y el lastre del tercer Ojo.

Después, yo me iba con mi suegro por ver la resistencia de sus agosteros, su resistencia corporal como su ingenio, molestándoles, a veces, con instancias y prisas.

Jano se llamaba el Burro que nos llevaba el agua y la comida.

Entre los agosteros, había uno que me cayó muy simpático. Le llamaban Tarugo Majadero, que había estudiado, según él, con el etnólogo sueco Dag Trozig. Cosa que no se había probado jamás, pero que agoraba, adivinaba o predecía el futuro por agüeros meando en las alpacas. El tal Tarugo presentía y anunciaba desdichas con poco fundamento; desdichas que son comunes entre todos los mortales.

Había otro al que llamaban Majo Mayal, agorronado, del que contaban que, recién nacido y abandonado, le frotaron con la sangre

de una puta cuya cría o crío había nacido muerta, para que lo adoptase por hijo o hija.

Yo volvía a casa, con frío en el rostro, y pensando:

-Agosto y vendimia no es cada día sino cada año, unos con medro, otros con daño.

-Daniel de Culla

-